

400 años de la muerte de San Camilo

“Los enfermos son nuestros amos y señores”

Julián del Olmo García - Periodista De *Diez miradas sobre Camilo de Lellis*, pp. 11-26

Conversación con Camilo en el Hospital de Incurables

Un amigo me dijo un día: «Julián, cuando vayas a Roma tienes que ver a Camilo de Lellis. Merece la pena que lo conozcas. Es un tipo excepcional y su vida y su obra son apasionantes». Estando de visita en Roma, me acordé de la promesa que le hice a mi amigo y fui en busca del personaje en cuestión. La dirección que tenía me llevó al Hospital de Santiago de los Incurables (San Giacomo). El nombre, o mejor, el apellido del hospital, me puso en alerta roja. Pensé: «Seguramente que este hombre padece alguna enfermedad contagiosa».

–*Por favor, ¿dónde puedo localizar a Camilo de Lellis?*, pregunté en recepción.

–**En la segunda planta, en el pabellón de infecciosos, respondió el portero.**

Subí lentamente las escaleras observando a las personas con las que me cruzaba.

–*¿Camilo de Lellis?, volví a preguntar.*

–**Ese es**, me dijo un joven con cara de tísico señalando a un hombretón de casi dos metros de alto, con hábito negro, con una cruz roja. Estaba claro que no era el enfermo que yo había imaginado. Antes de saludarle observé con curiosidad sus movimientos. Iba de acá para allá curando a los enfermos con las manos y el corazón, porque las carencias sanitarias estaban a la vista. Apenas acabó de atender al recién llegado, le abordé en el pasillo:

–*Perdone. Soy un periodista español. Un amigo me insistió en que viniera a verle y aquí estoy, impresionado por el trabajo que hace. Me gustaría hablar con usted.*

–**De acuerdo, pero prefiero hacerlo sentado porque tengo una llaga en la pierna y me molesta un poco.**

Observé que llevaba la pierna derecha vendada. Nos acomodamos en un banco de madera que había en la galería que bordea el patio central del hospital. Entablamos conversación y enseguida descubrí que Camilo era un hombre con una gran vocación de servicio a los enfermos, un cuerpo grande y un corazón más grande aún.

–*¿Cómo llegó aquí?*

–**Por la llaga de la pierna. En honor a la verdad, cuando vine no sólo tenía herida la pierna sino también el alma. Mi madre murió cuando yo apenas tenía 12 años y mi padre cuando tenía 18. Intenté con la carrera militar, pero la llaga iba de mal en peor, vine a San Giacomo y este hospital se ha convertido en mi casa.**

–*A la vista está que su vida ha cambiado radicalmente. ¿Qué sucedió?*

–**Fue el 2 de febrero de 1575. Tenía entonces 25 años. Iba montado en un asno haciendo un encargo de los frailes para quienes trabajaba, cuando, de pronto, sentí como si un rayo cayera sobre mí dando con el cuerpo en tierra. Una luz, como de relámpago, me iluminó por dentro y en un instante pasó ante mi vista la película de mi vida. Impresionado por lo que veía, me puse de rodillas sobre una roca y mis ojos se convirtieron en un río de lágrimas. ¡Qué gran ceguera la mía haber servido a los señores de la guerra y no a mi verdadero Señor, Jesucristo! Pedí al Señor que me**

diera tiempo para hacer penitencia por haber desperdiciado mi juventud y le hice propósito de cambiar radicalmente de vida. Solicité el ingreso en la orden franciscana pero con tan mala suerte, que el roce del hábito reabrió la mal curada llaga de la pierna. Me expulsaron de la orden con la promesa de que sería readmitido si mi herida curaba.

–¿Cómo reaccionó en este caso?

–Después de mi conversión y la iluminación que recibí de lo alto, mi valoración de las cosas y los sucesos había cambiado radicalmente. Por eso, comprendí que la expulsión era una prueba que Dios me ponía para hacer un discernimiento sobre mi pretendida vocación religiosa. Me encaminé a Roma para ponerme en tratamiento en el San Giacomo. Pasé cuatro años en el hospital curándome la llaga y sirviendo a los enfermos. Esta vez, mi estancia en el hospital fue muy distinta de la primera, pues en aquella ocasión me expulsaron porque organizaba altercados y me escapaba a jugar a las cartas con los barqueros del Tíber. Cuando, por fin, se cerró la herida, volví a pedir el ingreso en la orden franciscana y, de nuevo, con el roce del hábito se reabrió y por segunda vez tuve que dejar el convento.

–Otra vez en una encrucijada, ¿a dónde dirigió entonces sus pasos?

–A mi hospital de referencia, que no era otro que el de Santiago de los Incurables. Quería ser útil y pedí trabajo. Me sorprendió que me dieran el cargo de mayordomo. Comprendí que Dios me había traído hasta aquí para que me dedicara plenamente al cuidado de los enfermos. Sin dejar la penitencia, mi vida se abrió a la caridad.

–¿Cómo valora su paso por la mayordomía del hospital?

–Como un tiempo de gracia de Dios, de mucho trabajo y de una entrega total a los enfermos para cuidar sus cuerpos y sus almas, que ambos van a la par. A veces faltaba trigo para hacer pan y tenía que ir a pedir por la casas. Organizamos cursos de formación para enseñar a los trabajadores a tratar a los enfermos con respeto y delicadeza y establecimos el «rito de acogida» a los enfermos cuando llegan al hospital, empezando por lavarlos porque llegan sucios.

Podría seguir horas y horas conversando con este hombre, pero la tarde declina y Camilo tiene que visitar a un par de enfermos que reclaman su presencia. Pienso que ha merecido la pena venir a verle. Le prometo que volveré mañana para seguir conversando.

Al día siguiente, volví al hospital con un montón de preguntas en la mente. Camilo me lleva a su despacho, en el que hay una mesa y un par de sillas. Sobre la mesa, un libro de ingresos y otro de cuentas. Un crucifijo cuelga de la pared. Aquí trabaja y reza.

–He observado que la atención que se da a los enfermos deja bastante que desear.

–Ciertamente, ya que la mayoría de los cuidadores son mercenarios y están aquí por el salario que reciben. Los enfermos les importan poco y, además de no atenderlos, como es su obligación, los maltratan. Pensé que esto se arreglaría creando una compañía de hombres piadosos y personas de bien que, voluntariamente y por amor de Dios, sirvieran a los enfermos con la caridad y amabilidad que las madres tratan a sus hijos. Y en ello estoy.

–¿Con quién ha contado para poner en marcha el proyecto?

–Primero con Dios, que fue quien me inspiró el sueño. Sin su ayuda todo hubiera quedado en eso: un bonito sueño. Expuse la idea a las personas del hospital con las que sentía mayor afinidad caritativa y espiritual y recibí cinco respuestas positivas: cuatro seculares (encargado del ropero, despensero, boticario y un empleado) y el capellán.

La cosa empezó como grupo de trabajo y oración con el único propósito de servir mejor a los pobres, pero surgieron envidias y el grupo fue acusado de querer adueñarse del hospital. Los directores les cerraron el pequeño oratorio donde se reunían, pero, como la semilla sembrada había caído en buena tierra, no la pudieron ahogar. Llegaron a prohibirles que se reunieran incluso para rezar. Fue entonces cuando decidieron dejar el hospital para llevar a cabo, sin cortapisas, el proyecto de Compañía, tal como Camilo soñaba.

–Perdone que le pregunte. ¿Por qué se hizo sacerdote?

–Pensé que el hecho de ser sacerdote facilitaría el desarrollo de la Compañía y empecé a prepararme. Me costó porque yo no era un hombre de estudios. El capellán del hospital me enseñaba gramática y luego asistía a clase en el Colegio Romano de los jesuitas. ¡Imagínate a un hombre de 33 años en clase con chiquillos!

Camilo tenía 34 años cuando se ordenó de sacerdote en la basílica de San Juan de Letrán el 26 de mayo de 1584.

–¿Los problemas se acabaron con la ordenación sacerdotal?

–No. Los caminos del Señor tienen siempre su vía crucis. Con el sacerdocio comenzó una nueva etapa de mi vida y de la Compañía. Nos marchamos del hospital. Como recuerdo, me llevé el crucifijo ante cuya imagen había derramado muchas lágrimas.

El obispo director del hospital le acusó de llevarse a los mejores trabajadores y a su confesor Felipe Neri, que tenía fama de santidad, le echó en cara su osadía porque siendo «un hombre ignorante y de pocas letras sería incapaz de gobernar a un grupo de gente» y para congratulase con la dirección del centro renunció a ser su confesor. Camilo y sus compañeros se instalaron en la iglesia de los Milagros.

–¿Se puede decir que los enfermos son la razón de ser de la Compañía?

–Ciertamente, es una obra de personas consagradas para el servicio integral al enfermo. Los «ministros de los enfermos», como nos llamamos, somos los servidores de los enfermos y ellos son nuestros amos y señores. Nuestra seña de identidad es la caridad, porque o somos caridad o no somos nada. Nuestro carisma: «Cuidar y enseñar a cuidar» y nuestro lema: «Más corazón en las manos». Nuestro compromiso con los enfermos es a muerte.

–Me llama la atención la cruz roja que lleva en el hábito.

–Queríamos algún signo exterior para que la gente nos reconociese cuando salimos por la ciudad. ¡Y qué mejor signo que la cruz! Cruz redentora de Jesús y solidaria con las cruces que llevan sobre sus hombros los enfermos. Los enfermos son Cristo vivo y nosotros somos sus cirineos.

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 69 (2014)

Entro en Internet y leo que Camilo de Lelis, fundador de la Orden de los Ministros de los Enfermos, murió en Roma el 14 de julio de 1614, a los 65 años de edad.

La tarde cae y doy un paseo por las calles de Roma pero mi mente y mi corazón siguen con Camilo. Lo veo enorme por dentro y por fuera. Temperamental y tierno al mismo tiempo. Pobre hasta el extremo con él y generoso con los demás. Hombre de Dios y de los hombres. Enfermo incurable y sanador de enfermos. Santo fuera del guion establecido, lo que, sin duda, lo hace más admirable e imitable.